

Paul ZUMTHOR, *Parler du Moyen Âge*, Paris, Les Editions de Minuit, 1980, Collection «Critique». 109 pp.

Un ensayo. Una simple confesión de sensaciones. Este libro no es formalmente otra cosa. Pero encierra una profunda sabiduría. Inquieta. Paul Zumthor es muy conocido dentro de la crítica literaria. Hace unos años tan sólo, asombró al público erudito con su atrevida interpretación de la literatura medieval en su, ya famoso, *Essai de poétique médiévale* (1972). Ahora quiere confesar muchos de los problemas que le asaltan constantemente en este proceso de maduración de las disciplinas humanas y, sobre todo, en su ampliación cuantitativa. Se justifica.

La Edad media está de moda. Este es un auténtico fenómeno cultural. Así lo ponen de manifiesto filmes como el *Lancelot* de Robert Bresson o el *Perceval* de Eric Rohmer. Y ¿por qué no habría de estar? Muchas de las inquietudes modernas son suscitadas de alguna manera en aquel complejo mundo. La televisión se hace eco de tales inquietudes y dedica programas, incluso excelentes, a las sociedades medievales. Los profesionales de la disciplina intervienen activamente en los debates públicos. Hablan en la prensa. La institución del medievalismo clásico estalla. Zumthor es consciente de ello. El delirio de las nuevas exigencias, impuestas por el «sistema de la moda» (he aquí lejanas insinuaciones bartesianas), impone una reflexión sobre la razón de ser del medievalista. Sobre su oficio. Pero, ¿existe en verdad tal oficio?

Este libro trata de contestar a todos estos interrogantes. Son muchos. El autor lo sabe. No quiere plantearlos como un proceso objetivo, sino como simples indicaciones surgidas al calor de una preocupación subjetiva. *Parler du Moyen Âge* es una obra formalmente subjetiva. Se interioriza. Pero también va más allá.

Este libro es un discurso sobre la institución del medievalismo. Un discurso abierto y crítico. Busca, entre las tensiones epistemológicas modernas, recuperar el valor de los problemas legados por la cultura medieval, en especial por la literatura. Y esto lo cree encontrar subrayando que, en 1980, pensar la cultura del pasado es recuperar la historia. Una vieja huella hegeliana: «Nous avons pris conscience de la nature fondamentalement historique des sciences humaines» (p. 23). A partir de aquí el autor asienta con seguridad sus postulados básicos. La institución de medievalista, a la que le falta rigurosamente «une idée de la finalité de son travail» (p. 25) termina encontrando en la diversidad de sus *funciones* (naturalmente así ha de llamarlas) el fondo de su ser específico: la identidad de su hacer propio (pp. 27-35) por sublimación del contenido de lo-otro, de la alteridad (pp. 35-41) como el soporte renovador de un pensar esta sociedad. Como se ve, la obra asume abiertamente la renovación de la fenomenología crítica, de la nueva ciencia hermenéutica, que Zumthor hereda directamente de los trabajos de Hans Robert Jauss y la escuela de Constanza.

Es la lectura receptiva. Esa revolución silenciosa que, sin embargo, dará paso a un horizonte de expectativas (he aquí de nuevo Jauss y, más allá de él, la sociología de Karl Mannheim) que terminará explicando el nudo problemático de los procesos culturales, pero históricamente. La mueca escéptica por esta vía la deja entrever Zumthor cuando se pregunta: «N'est-ce pas proclamer innocemment l'irréductibilité de l'histoire?» (p. 38), y da paso al núcleo creativo, oculto, de su pequeño ensayo.

Esta es la razón por la que la obra quiere hablar de la Edad Media. Pero, ¿cómo hacerlo? El campo epistemológico del medievalismo se ha dilatado considerablemente en los últimos decenios, tanto que resultará difícil encontrar una vía correcta para la síntesis deseada. El historiador actual se encuentra con una complejidad técnica muy superior a la que tuvieron para sí los creadores de la *Kulturgeschichte* o la *Geistesgeschichte*, y no sabe como dirigirse unitariamente a su esfera de investigación. Para Zumthor los anteojos que obligatoriamente deberán orientar nuestras búsquedas se hallan en el método estructuralista y en el análisis semiótico. Un gran paso: *Langage et histoire* (pp. 41-45).

Así, el autor está en condiciones de orientar su discurso teórico. En primer lugar, dejando en su sitio *l'héritage romantique* mediante una crítica severa de él (pp. 49-70), y mediante un relanzamiento del necesario empirismo (pp. 73-92), que debe estar presente en las disciplinas humanas. De este modo, quizás, el crítico literario convertido en historiador, aun sin serlo, podrá alcanzar el umbral de la verdadera ciencia, de *Le gai savoir* (p. 102). De este modo, si la historia literaria se ha detenido antaño en el umbral de las palabras y de las cosas, ahora deberá buscar lo que hay detrás de ellas y, así, encontrar el fondo social e ideológico (las figuras de Köhler y de Jauss están omnipresentes en este momento) escondido tras las obras literarias. Esta labor está por hacer y la obra aquí comentada sugiere esta nueva tendencia para descubrir así el sentido de la disciplina histórico-literaria y ampliar el campo de las investigaciones. El pensamiento moderno sabrá atajar las tentaciones de una teorización fácil y buscará en la quietud de sus análisis, le *bonheur*, o quizás mejor aún, *le plaisir* del oficio, de la labor, de los antiguos sentimientos formulados científicamente.

*Parler du Moyen Age* es un libro que todo medievalista deberá leer, aunque sólo sea para distinguir su situación intelectual de la de hace unas décadas. El gran cambio, esperanzador, que estas páginas anuncian, quizás con un exceso de optimismo y de ¿ingenuidad?, se ve como una próxima vuelta, como un inmediato regreso a las alturas de los fenómenos creativos. Zumthor sabe exponer en un centenar de páginas la naturaleza y el movimiento de una institución oficial, el medievalismo, y de un oficio particular, el de medievalista, que se interroga sobre sí mismo desde el fondo de su significado social y político, cultural e imagina-

rio, y se reafirma en consonancia con el antiguo concepto, horizontal, es-téticamente articulador, como pretendía Adorno (al que Zumthor sigue sin ambigüedades). Esta representación secular del oficio del medievalista, apetecida desde estas páginas, es hoy prácticamente un sueño: ¿no se lo opone acaso el conocimiento moderno, sólidamente fundado en una experiencia vertical de los análisis? ¿Podrá alguna vez nuestro espíritu concebir una sociedad en todos sus grados desde una completa perspecti-va documental? ¿Existe realmente la profesión de medievalista? No es fácil saberlo: el lector crítico de esta obra sólo sueña con hacer realidad esta profesión aunque nos causen vértigo las honduras y las lejanías des-conocidas, aunque el inmediato porvenir se abra ante nosotros como abismo envuelto en tinieblas.

J.E.R.D.